
LAS PLANTAS ECSÓTICAS.

EN los campos crecen las flores con lozanía, viven libres y gallardas, ostentan su belleza recibiendo el rocío de la mañana, y meciéndose voluptuosas al soplo de las brisas de la tarde. En los jardines se ven también galanas todas las plantas, pero algunas necesitan del aire y del sol de regiones determinadas, y cuando el hombre las traslada á climas apartados se marchitan y languidecen como si padecieran al sentir los vientos extranjeros. Mirad las plantas que la ciencia á costa de mil esfuerzos trae á nuestros jardines de los climas de la Europa ó del Asia; siempre enfermizas, nunca robustas, sino delicadas y espuestas á perecer al soplo de cualquiera vientecillo, á los rigores del estío, á cualquiera cambio de la temperatura. Parece que esas flores se entristecen, que viven aisladas y doloridas, y que su tristeza les roba parte de su belleza, porque son ménos esbeltos sus tallos, ménos vivos sus colores, ménos deliciosos sus perfumes: á esas plantas falta el cielo de la patria. Sean cuales fue-

ren los cuidados que merezcan al hombre, siempre son débiles y tristes, siempre parecerán prisioneras y abatidas.

Así el hombre suspira léjos del suelo donde vió la primera luz; el sentimiento de la patria no puede borrarse jamás; y para el proscrito no hay placeres que tengan atractivos, no hay bellezas que conmuevan su corazón; porque el *desterrado está solo en todas partes*, como dice Lamennais. Así también cuando se ha disipado la mágia de las ilusiones, cuando se han borrado las creencias, parece el corazón trasplantado de un mundo ideal de ventura y de poesía á una región árida y desierta. Entónces el mundo con su triste y descarnada realidad es lo mismo para el alma que la tierra extraña para las plantas ecsóticas.

Al mirar una de esas pobres plantas siempre místicas y siempre tristes, pensamos involuntariamente en los que viven léjos de su patria, y en los que han perdido todas sus ilusiones, en esos seres que pasan aislados por el mundo, sin encontrar jamás realizados sus ensueños de felicidad.

1850.—FRANCISCO ZARCO.

BELLEZA Y SENTIMIENTO.

AL SEÑOR DON LUIS G. SOLANA.

(MERCEDES.)

AMORES nos brindan hermosas mugeres;
Mentidos placeres nos brindan tambien:
Ni amor, ni placeres se encuentra en su seno
Dó solo veneno podemos beber.

La luz de sus ojos nos causa entusiasmo
Que en triste marasmo lo vemos tornar;
Sus besos de fuego nos queman la frente
Que lánguidamente se inclina al pesar.

Sus vivas caricias cautivan el alma,
Mas roban la calma del fiel corazon,
Y pasan livianas en rápida huída
Cual sombra perdida, cual vana ilusion.

Su acento armonioso halaga el oído
Cual grato sonido del aura fugaz;
Encierra ese acento tan solo dulzura,
No viva ternura, no amor celestial.

¿Por qué á la belleza no unió el Ser Eterno
Amor sempiterno, constancia y pasion?
Sus mágicas gracias son ménos que viento
Si no hay sentimiento, ternura y amor.

He visto en el mundo mugeres hermosas,
Gentiles, donosas, brillantes dó quier;
Mas eran mugeres con solo belleza
Sin blanda ternura, el pecho sin fé.

¿Y qué es sin ternura muger seductora?
Es flor inodora, con solo color,
Que crece en el tallo cercada de breñas
O entre áridas peñas que azota aquilon.

Es flor que la vista halaga un instante
De algun caminante que vióla gentil,
Acércase ufano, del tallo la toma,
La ve sin aroma, la arroja tras sí.

Muger sin ternura, muger solo hermosa,
Es copa valiosa de fino cincel
Que en líquidas perlas encierra en su seno
Brillante veneno, acíbar ó hiel.

Ansioso el poeta anhela en el mundo
Cariño profundo, tiernísimo amor,
Y busca mugeres de fé y sentimiento
Y en su pensamiento las hace su Dios.

Mas nunca esas bellas que solo son bellas
Fingidas estrellas en diáfano tul
Le inspiran ternura, le inspiran canciones,
Ni arrancan los sonos del dulce laúd.

¿Por qué á la belleza no unió el Ser Eterno
Amor sempiterno, constancia y pasion?
Sus mágicas gracias son ménos que viento
Si no hay sentimiento, ternura y amor.

México, Junio 13 de 1851.—EMILIO REV.